

BIBLIOTECA ABIERTA. CURSO DE INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO. PRIMERA PARTE — COMISARIADO POR PAUL B. PRECIADO

— Lunes 23 de Febrero de 2015, a las 19.00 h
Maurice Blanchot leído/usado por Valentín Roma

RESUMEN DE LA CONFERENCIA

Valentín Roma también usa a Maurice Blanchot desde esa condición de no especialista y esa ambigüedad entre el máximo respeto y los anhelos iconoclastas que ha acompañado al resto de lectores de esta primera edición de la *Biblioteca abierta*. Es más, Roma reivindica el eje del usar/leer, asumiendo la lectura como proceso que implica un reconocimiento y un encarnamiento, mediante los cuales abandonamos una cierta posición confortable y ponemos a trabajar nuestras ansiedades; un eje que a su vez entronca con la asunción de la obra de Blanchot como invitación a que los lectores prescindan de la apatía y abracen sus contradicciones. Un uso de Blanchot a partir del cual leer será buscarse problemas.

Blanchot es abordado por Roma, en primera instancia, desde la fascinación que despierta en él su escritura. Los libros de Blanchot resumen, en un mismo gesto, la aspiración de toda gran escritura: fundar un mundo, inventar una primera persona y desbaratar ambas cosas. Ahora bien, la escritura del intelectual francés despliega este carácter fundacional en diferentes niveles. Por un lado, logra crear un lugar inestable para el pensamiento y hacerlo visible. A su vez, partiendo de la premisa de que cuando se escribe ni se salva ni se rehabilita nada, sino que se pactan ciertos lugares desde los que decir, o se negocia con el texto una suerte de no agresión – usando las palabras como si fueran comunes y personales–, Blanchot se nos presenta como un autor irreductible, ubicado siempre en el lado más tumultuoso e intempestivo del pensamiento/escritura. Por otro lado, en su escritura hallaríamos una doble atención a la metafísica y al detalle; una dimensión religiosa, e incluso cristiana, que tradicionalmente se le ha negado. Ese estilo católico, en deuda incluso

con la Biblia, no apuntala únicamente una imaginaria, sino que nos introduce en el lugar de las contradicciones, en un espacio donde nos vemos transformados por los temores y las felicidades. Es más, si nos desplazamos hacia la invención de una primera persona, podemos asumir toda la escritura de Blanchot como una confesión; y, como sabemos, la confesión es un ejercicio/lugar inestable y confuso.

Otro de los grandes temas del intelectual francés es, según Roma, la brusquedad: esa forma de ausentarse de la cortesía mediante una escritura en la que vemos a alguien desposeerse, asestándose consecuentemente un gesto que nos obliga a preguntarnos qué estamos dispuestos a perder y a defender con todo el ímpetu del que somos capaces. Así, en su escritura se desbaratará finalmente el mundo y esa primera persona fundada. Aparece un gesto que no solo nos empuja a aprender todo lo que queda fuera de las muchísimas abstracciones hacia las que somos abocados –el género, la ciudadanía, la memoria, etc.–, sino que insiste en la no aceptación de esos consensos normativos y en su exploración.

En segundo lugar, y asumiéndose que la crítica sobre la literatura blanchotiana es un hablar de amigos –especialmente aquellos señalados en la bibliografía: Bataille, Derrida, Lévinas y Nancy–, Roma se añade y convive con esta comunidad crítica, a la vez que incorpora a otros amigos: Marguerite Duras y Dionys Mascolo, destacando su expulsión del Partido Comunistas Francés en 1955 y su insistencia posterior en pensar el comunismo, fuera de la ortodoxia de las normas del partido, como un espacio desde el que aprehender *La comunidad inconfesable* de Blanchot. En efecto, para Blanchot, comunismo será intercambiar lo común, crear comunidad; «comunidad» cuya condición será la de hacerse indetectable, y de ahí su carácter de «inconfesable»; comunidad como algo que se da antes del nombre, evitando epítetos, normas y siglas que nos identifiquen.

Roma usa a Blanchot desde ese proyecto comunitario, efectuando una traslación político-artística que pone en común un conjunto de plataformas de trabajo colectivo que funcionaban parasitando estructuras. Ahora bien, este primer uso que enfatiza las apreciaciones blanchotianas de lo comunitario –y que encuentra su máxima expresión en su comisariado del pabellón catalán de la Bienal de Venecia de 2009–, le servirá a Roma para entender que las principales potencialidades políticas

del uso de Blanchot se derivan de la noción de lo inconfesable. Así, el verdadero proyecto político lo descubriremos en la cuestión de cómo sostener los vínculos colectivos en el territorio inestable de lo inconfesable. En un momento en el que las dinámicas que se configuran en los extremos de la ortodoxia política se están articulando como partido –siglas, epíteto–, se nos invita a leer a Blanchot, como gran narrador de lo inconfesable, como alguien capaz de empujarnos al eterno problema de cómo estar con uno mismo y cómo estar juntos, de cómo lidiar con la inestabilidad de la maravilla y lo insoportable de nuestra relación con nosotros mismos y con los demás.